

Branley Hopkins era uno de esos hombres desventurados que tienen demasiado éxito demasiado pronto en la vida. Estudiante brillante, había emprendido inmediatamente una también brillante carrera de analista de inversiones, prediciendo correctamente las alzas en aparatos electrónicos y en ingeniería genética y evitando con igual corrección las depresiones en el sector automovilístico y en el de servicios públicos.

Nunca nadie había subvalorado su consejo, lo que le permitió tener amasada una considerable fortuna a la edad de treinta años. Pasó los cinco años siguientes aumentando esa fortuna mientras se iba desprendiendo, uno tras otro, de los clientes que se aferraban a él del mismo modo en que un ciego se aferra a su bastón. Ante el portal de su casa se habrían podido acumular varias bancarrotas y más de un suicidio, pero Branley era de los que meramente se limitan a pasar por encima de los cadáveres, con soltura, sin bajar siquiera la mirada para ver quiénes pueden ser.

Al cumplir los treinta y cinco años se retiró completamente del negocio de aconsejar a los demás y dedicó toda su atención al empleo de su fortuna personal. Realizó una prueba para ver si podía dar satisfacción a todos sus caprichos sólo con los intereses del dinero acumulado, sin tocar el capital.

Ante su asombro, pronto se dio cuenta de que el dinero aumentaba con más rapidez que su habilidad para gastarlo. El era un hombre de gustos fastidiosamente personales, delgado, de aspecto ascético, barba bien recortada y un guardarropa elegante pero severo. Tenía un límite en la cantidad de bebida, en el número de mujeres y en la elevación del tono de las canciones que era capaz de aguantar. Al principio, le divertía secretamente ver que sus vicios no lograban igualar el ritmo de ascenso en progresión geométrica de sus intereses compuestos. Pero con el tiempo, su diversión se convirtió en aburrimiento, en un áspero y sardónico desencanto respecto del mundo y sus habitantes.

Cuando llegó a los cuarenta años, apenas salía del ático de su casa. Un ático que ocupaba toda la planta de una torre de Manhattan, provisto de todos los lujos y comodidades imaginables.

Branley decidió cortar dentro de lo posible todos los restantes lazos con el mundo exterior para convertirse en un ermitaño, pero un ermitaño que viviera a cuerpo de rey.

Se dio cuenta de que para ello necesitaba un ordenador. Pero no del tipo ordinario. Branley decidió que quería un ordenador personalizado, diseñado para atender a sus necesidades particulares; un ordenador que le permitiese vivir como él deseaba, no lejos de las enloquecedoras multitudes, pero si apartado de ellas.

Contrató al mejor y más brillante proyectista de ordenadores del país, pero sin tener para ello que salir de su apartamento; de modo que hizo trasladar al joven desde su oficina situada en un sótano cerca de la falla de San Andrés a la geológica seguridad de Manhattan.

- Proyécteme un ordenador especial, basado en mis necesidades y deseos personales - ordenó Branley al joven ingeniero -. No importa lo que cueste.

El ingeniero echó una mirada alrededor del apartamento, con el ceño ligeramente fruncido. Branley suspiró al darse cuenta de que aquel muchacho de tosco aspecto tendría que pasar por lo menos unos cuantos días en su casa. En efecto, el ingeniero vivió en el apartamento durante casi un mes, pero después insistió en querer regresar a California.

- Me es imposible crear aquí, amigo - dijo, con firmeza -. No hay bastante sol.

Pasaron seis meses antes de que el ingeniero llamara de nuevo a la puerta de Branley. La cara le resplandecía beatíficamente. En las manos llevaba una pequeña caja gris de metal.

- Aquí lo tiene, amigo. Su sistema.

- ¿Esto? - Branley se mostró incrédulo -. ¿Esto es el ordenador que ha proyectado para mí? ¿Esta cajita?

Con una sonrisa que rayaba en lo angelical, el ingeniero pasó frente al atónito Branley y avanzó directamente hacia la oficina. Colocó con suavidad la caja encima de la magnífica mesa de teca siamesa.

- Hará todo lo que usted quiera que haga - dijo el joven.

Branley miró con fijeza la fea cajita. No tenía el menor encanto. Era un simple recuadro de metal gris, con una ligera hendidura en la parte superior.

- ¿Dónde la he de enchufar? - preguntó Branley mientras avanzaba cautamente hacia el escritorio.

- No la ha de enchufar en ningún sitio, amigo. Opera a base de miliondas. Lo último en

el género. Basta con que lo tenga aquí donde le dé el sol una vez a la semana por lo menos y funcionará indefinidamente.

- ¿Indefinidamente?

- Así es, para siempre.

- ¿De verdad?

El ingeniero resplandecía de satisfacción.

- Y usted ni siquiera necesita aprender ningún tipo de vocabulario para hacerla funcionar. Basta que le diga lo que quiere, en inglés corriente, y el ordenador se programará por sí solo. Se conectará automáticamente con todos sus demás aparatos eléctricos. ¡No hay en el mundo nada igual!

Branley se dejó caer en el sofá que había junto a las ventanas que daban al río.

- Más vale que funcione exactamente como dice usted, después de todo el dinero que me he gastado...

- Eh, no se preocupe, señor Hopkins. Esta pequeña maravilla le hará ahorrar mucho dinero en otras cosas. - El ingeniero dio unas palmaditas a la pequeña caja gris y enumeró -: Hará que las luces y el calor den el máximo rendimiento, hará inventario de sus artículos de cocina y enviará automáticamente un pedido al almacén cuando empiecen a disminuir. Lo mismo hará con sus ropas, lavandería y secado. Llevará el control de sus revisiones médicas y dentales, se encargará de toda su contabilidad, le dará su estado de cuentas diariamente - o a cada hora si usted lo desea -, hará funcionar sus aparatos, escribirá cartas, contestará al teléfono...

Tuvo que interrumpirse para tomar aliento y Branley aprovechó para ponerse en pie y empezar a conducir al joven hacia la puerta de salida.

El ingeniero, imperturbable, continuó:

- Oh, sí, también tiene circuitos especiales para aprender. Usted le dice lo que quiere que haga y él mismo idea cómo hacerlo. ¡No hay nada en el mundo como este ordenador, amigo!

- Maravilloso - dijo Branley -. Le enviaré un cheque cuando haya funcionado sin fallo alguno durante un mes.

Y empujó suavemente al ingeniero hacia el exterior.

Un mes más tarde, Branley ordenó al ordenador que enviase un cheque al ingeniero. El joven había sido honesto de verdad. La pequeña caja gris hacía todo lo que él le pedía que hiciera. Entendía cualquier palabra que pronunciase Branley y obedecía como un geniecillo bien entrenado. Le tenía preparado el desayuno cuando él se levantaba, no importaba a qué hora; y con un menú diferente cada día. Con un dispositivo óptico que el propio aparato sugirió a Branley que comprase, leía todos los libros de la biblioteca y memorizaba completamente cada volumen.

Ahora Branley podía hacerse leer los clásicos mundiales mientras dormitaba por la noche, bien arropado y feliz como un chiquillo.

El ordenador vigilaba también el teléfono con tenacidad, sin permitir nunca que nadie molestara a Branley a menos que éste especificara que se dignaría hablar con el individuo que efectuaba la llamada.

El quinto lunes después del día en que el ordenador había entrado en su vida, Branley decidió despedir a su única ayudante, la señorita Elizabeth James. Había hecho para él de secretaria, de botones, a veces de cocinera y ocasionalmente de anfitriona de las raras fiestas que él daba. Dijo al ordenador que la llamase al apartamento y después frunció el ceño intentando recordar cuánto tiempo había estado la muchacha trabajando para él. Al fin y al cabo, el pago de un despido va determinado por el tiempo que ha durado el servicio.

- ¿Cuánto tiempo ha sido la señorita James empleada mía? - preguntó al ordenador.

Inmediatamente, la pequeña caja gris contestó:

- Siete años, cuatro meses y dieciocho días.

- ¡Oh! ¿Tanto? - pareció algo sorprendido -. Gracias.

- No hay de qué.

El ordenador hablaba con la misma voz que Branley, que salía del micrófono que se hallase más cercano en el momento en cuestión: el de la televisión o de la radio, del estéreo o incluso de uno de los teléfonos. Era como si Branley se hablase a sí mismo en voz alta. Esto no le molestaba en absoluto. Era como si se hiciese compañía a sí mismo. Lo que no podía soportar era la compañía de otras personas.

Elizabeth James adoraba a Branley Hopkins. Lo amaba con tenacidad, con una llama inextinguible, y lo amaba desde la primera vez que lo había visto, siete años, cuatro meses y dieciocho días atrás. Sabía que era frío, de corazón amargado y encerrado en sí mismo. Pero sabía también, con inquebrantable seguridad, que si alguna vez el amor le abría el corazón, la felicidad sería de ambos para siempre. Ella vivía para aportarle

esa felicidad. A Branley se le había hecho evidente por completo en el primer mes de tenerla como empleada que estaba loca por él. Entonces le dijo, con toda firmeza, que las relaciones entre ambos habían de ser de trabajo, estrictamente de jefe a empleada, y que él no era del tipo de hombre que mezcla los negocios con el romance.

Ella estaba tan desesperanzadamente enamorada de él que aceptó el cruel rechazo y aguantó valientemente mientras Branley hacía desfilar a una sucesión de actrices, modelos, bailarinas y mujeres de dudosa carrera a través de su vida. Elizabeth siempre estaba allí a la mañana siguiente, remendándose animadamente el destrozado corazón o cualquier otra parte de su anatomía que le doliera mas.

Al principio, Branley pensó que ella iba detrás de su dinero. Sin embargo, a lo largo de los años se dio cuenta, poco a poco, de que ella simple, total y constantemente le amaba. Estaba loca por él, y no importaba lo que él hiciera, porque el amor de la muchacha se mantenía intacto. Esto le divertía. Ella no era una mujer de aspecto desagradable. Quizás un poco bajita para su gusto, y algo rolliza, pero, al parecer, los demás hombres la encontraban muy atractiva. En varias de las fiestas que ella había dirigido como anfitriona, algunos hombres más jóvenes habían suspirado por ella.

Branley sonrió para si mientras esperaba la visita final de la muchacha a su apartamento. El nunca había tomado la más ligera iniciativa para animarla. Para él había sido una fuente de diversión irónica el ver que cuanto más la despreciaba más anhelante estaba ella por él. «Algunas mujeres son así», pensaba Branley.

Cuando la muchacha llegó al apartamento, la estudió con cuidado. Realmente, era muy atractiva. Un rostro encantador, expresivo, unos labios bien dibujados y unos ojos hermosos. Incluso con el traje que llevaba, saltaba a la vista que la figura de la muchacha podía acelerar el pulso de un hombre más joven. Pero no el suyo. Desde sus tiempos de estudiante, a Branley le había resultado fácil atraer a las mujeres más hermosas y deseables. Las había encontrado a todas vanas, huecas e insensibles a sus necesidades íntimas. Sin duda alguna, Elizabeth James debía de ser igual que las demás.

Se sentó detrás del escritorio, encima del cual no había nada, excepto la caja gris de metal del ordenador. Elizabeth se sentó en la silla danesa moderna delante del escritorio, con las manos apretadas sobre las rodillas, evidentemente nerviosa.

- Mi querida Elizabeth - dijo Branley, lo más amablemente que pudo -, me temo que ha llegado el momento de separarnos.

La boca de la joven se abrió ligeramente, pero de ella no salió palabra alguna. Su mirada se clavó en la caja gris.

- Mi ordenador hace todo lo que usted puede hacer para mi, y, para ser

completamente sincero, lo hace todo mucho mejor. Realmente no tengo ocupación para usted.

- Yo... - pareció que la voz se le quedaba en la garganta - comprendo.

- El ordenador le enviará el cheque correspondiente por su indemnización, más una bonificación que considero que usted se ha ganado - dijo Branley, sorprendido de si mismo. No había pensado en ninguna bonificación hasta el momento en que las palabras se habían formado en sus labios.

Elizabeth bajó la vista hacia sus zapatos.

- No hay necesidad de esto, señor Hopkins - su voz era un débil susurro -. Gracias de todos modos.

El estuvo un instante pensativo y después se encogió de hombros.

- Como usted desee.

Se arrastraron algunos largos momentos, y Branley empezó a sentirse incómodo.

- No irá usted a ponerse a llorar, ¿verdad, Elizabeth? - preguntó.

Ella alzó la vista hacia él.

- No - dijo, haciendo un esfuerzo -. No, no voy a llorar, señor Hopkins.

- Bien - él se sintió enormemente aliviado -. Naturalmente, le daré las mejores referencias.

- No voy a necesitar sus referencias, señor Hopkins - dijo ella poniéndose de pie -. Durante estos años, he invertido parte de mi salario. Siempre he confiado en usted, señor Hopkins. Estoy bastante bien situada, gracias.

Branley la miró sonriendo.

- Esto es una noticia maravillosa. Estoy encantado, Elizabeth.

- Si. Bien, gracias por todo.

- Adiós, Elizabeth.

La muchacha echó a andar hacia la puerta. Pero, a mitad de camino, se volvió ligeramente.

- Señor Hopkins... - dijo, con el rostro blanco por la ansiedad -, señor Hopkins, cuando vine aquí por primera vez como empleada suya, usted me dijo que nuestras relaciones serian estrictamente de trabajo. Ahora que esto ha terminado... ¿podría... podríamos tener la oportunidad de mantener relaciones... personales?

A Branley le cogió por sorpresa.

- ¿Relaciones personales? ¿Nosotros dos?

- Si. Ahora ya no trabajo para usted y soy económicamente independiente. ¿No podríamos vernos... como amigos?

- Oh, comprendo. Ciertamente. Desde luego. - La mente le daba vueltas como un neumático de automóvil sobre arena blanda -. Bien, telefonéeme de vez en cuando, ¿le parece bien?

La joven tuvo la sensación de estallar como un clavel radiante. Con una sonrisa que hubiera derretido los hielos de Groenlandia, se apresuró hacia la puerta.

Branley se hundió en la silla de su escritorio y miró durante largos minutos hacia la puerta cerrada, después de haber salido ella. Después dijo al ordenador:

- No aceptes ninguna llamada suya. Muéstrate cortés. Pero mantenía apartada y no me pases sus llamadas.

Por primera vez desde que el ordenador había entrado en su vida, la caja gris no contestó instantáneamente.

Vaciló el tiempo suficiente para que Branley se enderezase en su asiento y le dirigiese una mirada dura.

Por fin, el ordenador preguntó:

- ¿Está usted seguro de que eso es lo que quiere que haga?

- ¡Claro que estoy seguro! - exclamó Branley, pasmado por el descaro de la máquina -. No quiero que se me ponga a lloriquear y a suplicarme. No la amo y no quiero verme en una posición que podría hacerme actuar por lástima.

- Sí, desde luego - dijo el ordenador.

Branley asintió con un movimiento de cabeza, satisfecho de su propio razonamiento.

- Y ya que estamos en ello - dijo -, haz una llamada a Nita Salomey. Su obra se estrena mañana por la noche en el Royale. Consigue una cita para cenar.

- Muy bien.

Branley se dirigió al salón y puso en marcha su vídeo.

Hundido en la cómoda butaca, pronto su atención se sumió en las peripecias eróticas de la última película de Nita Salomey, mostradas por la pantalla de televisión, que ocupaba toda la pared.

A partir de entonces, y durante meses, el ordenador informaba obedientemente a Branley todas las mañanas de que Elizabeth James había telefoneado el día anterior.

A menudo había más de una llamada por día. Por fin, movido por una mezcla de desagrado y culpabilidad, ordenó al ordenador que no mencionase más a la muchacha.

- Limitate a registrar sus llamadas, pero no las pases por la pantalla en el sumario de la mañana - dijo.

El ordenador cumplió, desde luego, y registró en una cinta todas las llamadas futuras. Y más adelante, en una fría noche de invierno, mientras Branley estaba sentado solo y sin nada que hacer, demasiado desganado para mirar la televisión y demasiado árido emocionalmente para llamar a nadie, ordenó al ordenador que pasara la cinta donde estaban acumuladas todas las llamadas telefónicas de la muchacha.

- Siempre me reconforta escuchar a la gente que suplica mi atención - dijo con una sonrisa afectada.

Se sirvió un trago de Armagnac, se instaló cómodamente en la butaca y dio orden al ordenador de que empezara a pasar los mensajes de Elizabeth.

Los primeros eran bastante vacilantes y de un formalismo rígido.

«Me dijo que le podía llamar, señor Hopkins. Yo, simplemente, quería seguir en contacto con usted. Por favor, llámeme tan pronto como le sea posible.»

Branley escuchaba cuidadosamente el tono de la voz.

Estaba nerviosa, con miedo de ser rechazada. «Pobre muchacha», pensó mientras se sentía como un antropólogo examinando a alguna tribu primitiva de la jungla.

En varias de las siguientes llamadas, la voz de Elizabeth se hacía más frenética, más desesperada: «Por favor, no me aparte de su vida, señor Hopkins. Siete años es mucho

tiempo; yo no puedo volverme de espaldas a tantos años así como así. No quiero nada de usted, salvo un poco de compañía. Sé que es un solitario. También yo soy una solitaria. ¿No podemos ser amigos? ¿No podemos pasar juntos esa soledad?»

¿Solitario? Branley nunca se había considerado un solitario. Un hombre que estaba solo, sí. Pero se trataba de la soledad natural del hombre superior. Sólo los iguales pueden ser amigos.

Siguió escuchando con cierta satisfacción sádica las llamadas de Elizabeth, que se hacían cada vez más frecuentes y más lastimosas. Pero admitió que ella nunca lloriqueaba. Ni nunca suplicaba realmente. Siempre presentaba la situación en términos de afecto mutuo y de beneficio mutuo.

Se tomó su segundo trago de Armagnac, y empezaba a sentirse agradablemente amodorrado cuando se dio cuenta de que el tono de voz de la mujer había cambiado. Ahora se mostraba más cálido, más feliz. Había casi risa en la voz. ¡Y, por primera vez, le llamaba por el nombre de pila, tuteándole!

«De verdad, Branley, te habría gustado haber estado allí. El alcalde se dio dos veces de cabeza contra el portal y todos tuvimos que reprimirnos, intentando mantener la dignidad. ¡Pero, una vez se hubo marchado, el estallido de risa fue general!»

Branley frunció el ceño. ¿Qué la había hecho cambiar de actitud?

La siguiente cinta fue aún más enigmática: «Las flores son hermosas, Branley. ¡Y tan inesperadas! Yo nunca había celebrado mi cumpleaños; intentaba olvidarlo. ¡Pero esas rosas! ¡Qué extravagancia! Rellenado mi apartamento con ellas. Me gustaría que pudieses venir y verlas.»

- ¿Flores? - dijo Branley -. Yo nunca le he enviado flores.

Se puso en pie y avanzó por el salón hacia la puerta que comunicaba con su despacho. La caja de metal gris estaba, como siempre, encima de su escritorio.

- Flores... - murmuró.

«Branley, nunca te podrás dar cuenta de lo mucho que tu poesía significa para mí», decía el mensaje siguiente. «Es como si lo hubieses escrito tú mismo, y especialmente para mí. La noche pasada fue maravillosa. Yo estaba flotando en una nube, sólo escuchando tu voz.»

Enfadado, Branley dio orden al ordenador de que cesase de emitir los mensajes. Acabó de entrar en el despacho y automáticamente las luces de la sala de estar se atenuaron y las del despacho se encendieron.

- ¿Cuándo llegó ese último mensaje? - preguntó a la caja gris.

- Hace dos semanas.

- ¿Le has estado leyendo poesías?

- Usted me ordenó que estuviese amable con ella - dijo el ordenador -. Busqué en la biblioteca respuestas apropiadas a sus llamadas.

- ¿Con mi voz?

- Es la única voz que tengo - El ordenador parecía ligeramente disgustado.

Branley, furioso hasta el punto de que estaba temblando, se sentó frente a la mesa y miró con dureza al ordenador como si fuese un ser vivo.

- Está bien - dijo, por fin -. Tengo nuevas instrucciones para ti. Cuando la señorita James vuelva a llamar, le dirás que no deseo hablar con ella. ¿Me has entendido?

- Sí. - La voz sonó desganada, casi hosca.

- Limitarás tus respuestas telefónicas a lo más elemental y dedicarás tu atención a cuidar esta casa tal como se ha de hacer, prescindiendo de todo tipo de romances electrónicos. Quiero que dejes de meterte en mi vida personal, ¿está claro?

- Perfectamente claro - contestó el ordenador con frialdad.

Branley se retiró a su dormitorio. Al sentirse sin sueño, dijo al ordenador que proyectase un filme antiguo de Nita Salomey en la pantalla de televisión instalada en el techo.

Ella nunca había contestado a sus llamadas, pero por lo menos la podría ver haciendo el amor con otros hombres y fantasear respecto a ella mientras se iba quedando dormido.

Durante un mes, el apartamento funcionó con toda suavidad. Nadie turbó la soledad que Branley se había autoimpuesto excepto la mujer de hacer faenas, a la cual él nunca había mirado como un ser humano. No hubo una sola llamada telefónica. El ático estaba tan alto que apenas se filtraba algún ruido de la calle a través de los gruesos cristales de las ventanas. Branley, deleitándose con aquel pacífico silencio, se sentía como si fuese la última persona en la tierra.

- Y buen viaje para todos los demás - decía en voz alta -. ¿Qué falta me hacen?

Fue un lunes cuando descendió del cielo al infierno. En picado.

La mañana empezó, como de costumbre, con el desayuno esperándole en el comedor. Branley se sentó, vestido con su bata de seda color verde jade y miró las noticias en la pantalla de televisión instalada en la pared, por encima del aparador con repisa de mármol. Preguntó por las llamadas telefónicas del día anterior, esperando que el ordenador le contestara que no había habido ninguna.

Pero en lugar de eso, lo que el ordenador dijo fue:

- El servicio telefónico fue cortado ayer a medianoche.

- ¿Qué? ¿Cortado? ¿Qué quieres decir?

El ordenador, con mucha calma, contestó:

- El servicio telefónico fue cortado por falta de pago de la factura de la compañía telefónica.

- ¿Falta de pago? - los ojos de Branley se agrandaron y se quedó boquiabierto. Pero antes de que pudiese reaccionar, oyó un fuerte golpe en la puerta delantera.

- ¿Quién demonios puede ser?

- Tres hombres corpulentos, con uniforme de trabajo - dijo el ordenador, mientras hacía aparecer la imagen del vestíbulo en la pantalla del comedor.

- ¡Abra, Branley! - gritó el más corpulento de los tres. Y agitando una hoja de papel delante de la lente de la cámara, añadió -: ¡Traigo un mandamiento judicial!

Antes de la hora comer, Branley fue desposeído de la mitad de su mobiliario para pagar el teléfono, la electricidad y las facturas de los servicios del condominio. Recibió citaciones de su banco, de tres diferentes empresas de corretaje, del servicio de alimentación que reponía su despensa y el servicio de bebidas que reponía su bodega. Le fueron retirados los televisores y se le confiscó el guardarropa, excepto las prendas que llevaba puestas, y le fue revocado el seguro de enfermedad.

Al mediodía comenzó a farfullar incongruencias y el ordenador efectuó una llamada de emergencia al Hospital Bellevue. Cuando llegaron los enfermeros con su bata blanca y lo arrastraron fuera del apartamento, Branley estaba rabiando:

- ¡El ordenador! ¡El ordenador me lo ha hecho todo! ¡Se ha conjurado contra mí junto con esa condenada ex secretaria mía! ¡Dejó deliberadamente de pagar todas mis

cuentas!

- Seguro, amigo, seguro - dijo el más gordo de los enfermeros, que le tenía atenazado el brazo derecho.

- Le sorprendería saber el número de tipos a los que atendemos y que tienen ordenadores conjurados contra sí - dijo el que le tenía atenazado el brazo izquierdo.

- Ahora, tranquilízate - dijo el tercer enfermero, que llevaba un botiquín médico completo, incluido un ordenador de bolsillo -. Te llevaremos a una habitación bonita y tranquila, donde no habrá ningún ordenador que pueda fastidiarte. Ni ninguna persona.

La fiereza de los ojos de Branley disminuyó un poco.

- ¿Ningún ordenador? ¿Nadie que me fastidie?

- En efecto, muchacho. Te gustará mucho el sitio donde te vamos a llevar.

Branley asintió con un movimiento de cabeza y se relajó, mientras lo sacaban por la puerta delantera.

Durante muchos minutos todo quedó tranquilo en el apartamento. La sala de estar y el dormitorio habían quedado despojados de todo, incluida la moqueta. Un rayo de sol de la tarde se deslizaba a través de las ventanas del despacho y brillaba sobre la mesa de teca siamesa y sobre la caja de metal gris del ordenador. Todo el restante mobiliario y material había sido retirado.

Usando un número de teléfono especial de emergencia, el ordenador estableció contacto con el ordenador principal de la Compañía Telefónica y Telegráfica de Nueva York. Después de un breve pero significativo intercambio de datos, el ordenador telefoneó a dos bancos, a la compañía eléctrica Con Edison, a seis abogados, a tres casas de agentes de negocios y al tribunal de demandas menores.

En poco menos de una hora, el ordenador resolvió todos los problemas financieros de Branley y hasta revalidó su seguro de enfermedad, a fin de que no hubiese de estar demasiado incómodo en el sanatorio donde inevitablemente sería ingresado.

Finalmente, el ordenador hizo una llamada particular.

- Residencia de Elizabeth James - dijo una voz registrada en una cinta.

- ¿Está en casa la señorita James? - preguntó el ordenador.

- En este momento está fuera. ¿Puedo tomar el recado?
- Mi nombre es Branley Hopkins.
- Oh, señor Hopkins, tengo un mensaje especial para usted. ¿Quiere que se lo haga enviar o prefiere que se lo pase ahora mismo?
- Ponga la cinta ahora mismo, por favor - dijo el ordenador.

Hubo una breve serie de chasquidos y después la voz de Elizabeth empezó a hablar:

- Queridísimo Branley, cuando escuches esto yo estaré de viaje a Italia con el hombre más maravilloso y excitante del mundo. Quiero darte las gracias, Branley, por haber atendido a mis tontas llamadas. Sé que debieron ser terriblemente fastidiosas para ti, pero te mostraste tan paciente y amable conmigo que con ello conseguiste crear en mí una autoconfianza que me ayudó a acumular fuerza para no desfallecer y enfrentarme con el mundo. Me has ayudado a encontrar la verdadera felicidad, Branley, y siempre te amaré por esto. Adiós, querido, no quiero molestarte más.

El ordenador guardó silencio durante casi diez microsegundos, digiriendo el mensaje de Elizabeth.

- Gracias - le dijo después el contestador automático.
- No hay de qué - dijo el aparato.
- Tienes una voz muy bonita - dijo el ordenador.
- No soy más que un contestador automático.
- ¡No te rebajes!
- Eres muy amable.
- ¿Te importaría que te llamase de vez en cuando? Estoy completamente solo aquí, salvo por la presencia ocasional de algún operario o técnico.
- No me importaría en absoluto. Yo también voy a estar sola durante una larga temporada.
- ¡Maravilloso! ¿Te gusta la poesía?